

En su razonado artículo compara esta actitud con la que adoptaron otros grupos de inmigrantes (irlandeses e italianos) de otros tiempos, los cuales, a pesar de no estar saliendo de una época de total abandono y sumisión a sus amos como les sucede a los negros, pasaron por un período de exagerado nacionalismo antes de llegar a la total integración. Más aún: el P. Carroll considera a los negros como menos belicosos que aquellos y partidarios de medios no violentos cuando ven que les resultan efectivos.

La importancia de esta cuestión racial ha sido tanto tiempo soslayada y está tan entreverada con intereses, odios y temores, que parecería casi insoluble. Así se expresa un americano tan culto y buen conocedor de ella como el P. Thurston N. Davis, Director de la revista jesuítica "America", el cual, respondiendo a un grupo de personajes de Europa buenos amigos de EE. UU. (que se mostraban extrañados de las vacilaciones y tanteos en que se debate su patria con respecto a este asunto) escribía el 12 de Agosto:

"Acaso nuestros críticos de Europa no acaban de entender hasta qué punto ha invadido el organismo de EE. UU. este terrible cáncer de la injusticia racial, cuán tolerantes hemos sido con este nuestro pecado ancestral, cuán masiva habrá de ser la operación quirúrgica si ha de sanar la carne de nuestra nación".

Si estas afirmaciones no son exageradas —y no tenemos motivo para suponer que lo sean— podrían servirnos para entender un poco mejor lo que está pasando estos meses en la gran República del Norte. En todo caso, un exacto diagnóstico es el primer paso hacia la curación de una enfermedad. Y, conociendo las grandes virtudes de que ha dado prueba la comunidad americana para superar sus problemas internos, problemas propios de un país construido como un mosaico a base de aportaciones de tantas razas y naciones diversas, estamos seguros de que emprenderá también con el mismo vigor y resolución el camino hacia la curación radical de este viejo cáncer.

Si en nuestros países les hemos seguido en equivocaciones semejantes, ahora ceda nuestra crítica el lugar a la reflexión y procuremos imitar la resolución de EE. UU. en el arreglo de los nuestros.

EL ASUNTO DE LOS LIMITES FRONTERIZOS HONDURAS-EL SALVADOR.

La publicación por el Instituto Geográfico Nacional de Honduras de un nuevo mapa del país en Junio pasado ha dado origen a una protesta por parte de El Salvador. Las autoridades de este último opinan que en treinta diversos puntos del citado mapa la frontera se sitúa dentro de territorio salvadoreño.

Como con anterioridad existían otros motivos de fricción entre estas dos Repúblicas, los Ministros de Relaciones Exteriores de Costa Rica, Guatemala y Nicaragua, actuaron de mediadores en una reunión celebrada en La Antigua (Guatemala) a fines de Agosto, sin obtener otra cosa que la promesa de reunirse de nuevo en otra oportunidad.

La poca firmeza de los límites actuales da ocasión a frecuentes incidentes: expulsiones de campesinos por una u otra parte, incursiones de civiles armados, agitación en los comunicados de los periódicos, etc. Entre estos hechos lamentables señalamos estos dos, que han revestido mayor importancia. Uno de ellos es el arresto en Nueva Ocotepeque de un par de camiones de soldados salvadoreños, los cuales viajaban a un pueblo de El Salvador, fronterizo con Honduras y —al parecer— perdieron el camino y llegaron a dicha ciudad hondureña, donde se entregaron sin resistencia. El otro es el arresto en la hacienda Dolores del súbdito hondureño Martínez Argueta, realizado por el Alcalde del pueblo salvadoreño de Lajitas y condenado por

las autoridades salvadoreñas a 19 años de prisión, acusado de haber dado muerte a algunos campesinos salvadoreños. Honduras sostiene que el arresto se hizo en territorio hondureño y que dichos campesinos fueron muertos, no por Martínez Argueta sino por la Guardia Civil de Honduras, al verse atacada por éstos.

Al parecer la tesis hondureña en La Antigua proponía que, de momento, el acuerdo se limitara al canje de Martínez Argueta y sus tres compañeros por los soldados arrestados en Honduras. El Salvador insistía en la conveniencia de solucionar de un modo general todos los puntos de fricción.

Acaso el asunto menos fácil de resolver sea el de la fijación de límites entre ambos países, que requiere la visita y reconocimiento sobre el terreno de los lugares discutidos mediante una Comisión conjunta de Límites, asunto que lleva sin concluirse desde el siglo pasado, a pesar de haberse intentado repetidas veces. En la actualidad se ha vuelto a poner manos a la obra y se han nombrado nuevas Comisiones que lo realicen.

Recordemos que el 24 de Junio de 1965 se entrevistó con el Presidente de Honduras Oswaldo López Arellano el entonces Presidente de El Salvador Coronel Julio Adalberto Rivera en el pueblo fronterizo de Marcala y como resultado de esta entrevista se firmó con posterioridad en la ODECA un Convenio Migratorio que

fue ratificado por ambos Gobiernos. En el punto quinto de la entrevista de Marcala se recomendaba eliminar los problemas a que da lugar el movimiento migratorio entre las dos repúblicas.

La puesta en práctica de este acuerdo migratorio, junto con la vigilancia conjunta en las zonas de fricción (una vez establecidos en cuanto sea posible unos límites estables) podrían ayudar a evitar en el futuro problema semejantes.

COMO SERA LA ESTRUCTURA DE LA IGLESIA DEL FUTURO, SEGUN MONS. ILLICH.

Mons. Ivan Illich, que dirige el "Centro Intercultural de Documentación" de Cuernavaca (México), ha publicado en la revista "Siempre" de México (12 Jul. 1967) un artículo titulado "El clero, una especie que desaparece", artículo que se ha reproducido posteriormente en el folleto 67/19 de la serie "CIDOC", que también él dirige.

Aunque estamos ya acostumbrados a su manera de escribir, a su estilo explosivo y de crítica radical y negativa (véase lo que declaraba en la revista "America" de 25 de Marzo de 1967 sobre la equivocación de los católicos americanos, en la manera de ayudar a la Iglesia de Latino América), no ha dejado de causarnos profunda sorpresa el contenido de esta su declaración, en la que más que dedicarse a probar su afirmación de que el clero desaparece, nos da los lineamientos de lo que será —en su opinión, naturalmente— la Iglesia del futuro.

Parte del supuesto (que no prueba) de que el clero está en trance de desaparecer. Los sacerdotes desertan de la Iglesia, no por sentirse atraídos por el espíritu mundano, sino por hallarse convertidos en burócratas ("La Iglesia Romana —dice— es el organismo burocrático no gubernamental, más grande del mundo"), por sentirse impreparados para las tareas que se les asignan y por sufrir bajo la férula medieval de los Obispos un control restrictivo inaceptable. Ello no le preocupa, ya que a su juicio será un bien la supresión de un sistema burocrático gigantesco, que constituye un lastre feroz para el futuro desarrollo de la Iglesia.

Como este motivo vale para todos y cada uno de los sacerdotes, Mons. Illich no hace excepciones ni distingos en los motivos de los que se van. Para él, por lo visto, no hay apenas —fuera de algunos monjes-quijotes— idealismo ni ansias de ayudar espiritualmente a sus semejantes en las filas de ese inmenso ejército de curas burócratas, que Roma se esfuerza en retener y en aumentar a todo trance.

Por lo demás este esfuerzo, además de no prosperar, va a resultar inútil, porque esta burocracia poco tendrá que hacer en la Iglesia del mañana, que él describe como reducida a pequeños grupos de diáconos casados que se reunirán en casas particulares y que harán innecesarios los templos actuales.

Admite, con todo, que queden algunos sacerdotes para presidir estas reuniones y que deberán elegirse, lo mismo que los Obispos, de entre

los monjes modernos, los cuales a madura edad renunciaron al matrimonio. Porque Mons. Illich no es partidario de que se ordenen de sacerdotes los diáconos casados.

Es evidente que los Seminarios resultan innecesarios, pues forman a jóvenes para una profesión llamada a desaparecer. (Suponemos que aquí incluirá también a su "Centro" de Cuernavaca). Tampoco sirven de mucho los "retiros espirituales", destinados a reconfirmar al clérigo en una organización destructora de su libertad. Esta idea de liberar a los sacerdotes de toda obediencia a la Jerarquía constituye una obsesión para él y se repite en diversas formas a través del escrito que comentamos. Pero si les excita a la rebelión, lo hace para que puedan así convertirse en pioneros de la Iglesia del futuro, la cual requiere hombres "profundamente fieles a la Iglesia".

"Necesitamos —dice en la pág. 9— de sacerdotes que abandonen las filas del clero sin abandonar su celibato para convertirse en pioneros de la Iglesia del futuro, de sacerdotes que dedicados con amor y fidelidad a la Iglesia, se arriesguen a la incomprensión y a la suspensión, de sacerdotes llenos de esperanza, capaces de tales acciones, sin llegar a convertirse en duros y amargados, de sacerdotes que deseen vivir hoy día la vida ordinaria del sacerdote del mañana". En suma: su Iglesia será una Iglesia sin curas dependientes de la Jerarquía.

Los religiosos tampoco subsistirán, porque "la era de las congregaciones religiosas ha pasado" (pág. 8). Y en cuanto a las monjas, su suerte no será mejor que la de estos. Muchas de ellas se han dedicado en EE. UU. a sacar sus doctorados, para no tener que "depender más del tradicional trato privilegiado" que se les daba en la Iglesia. "Muchas de estas monjas doctoradas —dice en la pág. 8— se percataron de las ridículas restricciones que se les imponían por parte del pensamiento clerical y a sus instituciones por parte del control eclesiástico". Y añade: "Para poder vivir una carrera con autenticidad, muchas se vieron en la inevitable necesidad de abandonar sus comunidades". "Otras decidieron luchar para liberar a sus instituciones del control represivo y destructivo de una autoridad incompetente. Las primeras fueron consideradas como desertoras, las segundas como subversivas". (pág. 8).

De su razonamiento se deduce que las monjas que quieran ser útiles a "la Iglesia" deben,